

entre aclamaciones, por sus amplias vías
tronarán las áureas ruedas de tu carro?

HOLOFERNES (Acercándose a ella.)

¡ Mis ojos bendigo
porque te han mirado !
¡ Mujer de Betulia, te quedas conmigo !
¡ Serás a mi lado
la flor más preciada,
la más noble ofrenda,
el botín más rico que guarde mi espada
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda !
¡ Vosotros, guerreros,
que con los aceros
os la disputáis,
como los tesoros
de un rico y espléndido botín dos bandidos
si tan sólo ansiáis
las gemas, los oros
que adornan y esmaltan sus nobles vestidos,
aquí los tenéis ! A jorcas, diademas,
áureos brazaletes, collares de gemas...
¡ De los dos es todo !... También repartíos
— ¡ oh bravos soldados ! —
la túnica egregia que, con sus bordados
y sus atavíos,
encubre el misterio
de sus formas bellas, como dos rivales
monarcas que parten en trozos iguales
el manto de púrpura de un glorioso imperio !

(Durante esta relación va despojando a Judith de todas sus joyas y se las entrega, las de la derecha, a Assua, y las de la izquierda, a Sharazér. Al final desgarró la túnica y arroja sus pedazos a los dos guerreros, envolviéndola en su propio manto.)

¡ La paz reine en todos ! ¡ Cesó la querella !
Fué en vano el estruendo de vuestra porfía...
Las joyas son vuestras... La mujer es mía...
¡ Y ahora, quien se atreva, que venga por ella !

(Toma en sus brazos a Judith y descorriendo la cortina del fondo, se dispone a llevársela, mirando fieramente a los capitanes.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

Repositorio de Holofernes. Al foro, una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse dejará ver la decoración del acto anterior, fastuosamente alhajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta que da al campo; a la derecha, otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce, y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadrangular, el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata arde cerca del pilar iluminando la escena. Arneses de guerra. Pielés de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

HEGLA y MEGABIZES, conversando con recelo junto a la puerta de la izquierda.

HEGLA

¿ Vienes de la ciudad ?

MEGABIZES

En este instante

acabo de llegar.

HEGLA

¿ Qué te dijeron ?

MEGABIZES

Nuestro plan les expuse, cuando todos, desesperados ya, faltos de alientos, a abrir las puertas al asirio estaban para rendirse a discreción dispuestos. Dudaron de Judith.

HEGLA

¿ Por qué ?

ESCENA III

JUDITH y HEGLA. Hegla golpea la puerta de Judith; ésta aparece en el umbral.

JUDITH (Impaciente.)

¿Qué te dijo el soldado?

HEGLA (En voz baja.)

Que tu pueblo
dispuesto está para asaltar el campo.
Nuestra señal esperan tus valientes
en los cercanos montes emboscados...

JUDITH

¡ Dale, Señor, serenidad a mi alma
y certeza y vigor al débil brazo,
para que caiga, como tronco herido,
a mis pies Holofernes! (Tiembla.)

HEGLA (Acercándose.)

¡ Judith, ánimo!

JUDITH (Suspirando, abriéndose toda a la voluptuosidad de la noche.)

¡ Yo no sé qué dulzura tiene el aire
esta noche! ¡ Hace poco, cuando al campo,
de orar en esos bosques regresaba,
sentí un ansia de vida y un extraño
anhelo de beber en una ráfaga
el salvaje perfume de esos prados,
todos llenos de flores, cual si fueran
de algún amor resucitado el tálamo!

HEGLA (Con misterio.)

Señora, es que esta noche resucita
Adoné, el dios mancebo a cuyo paso
las ramas, y las almas y los cuerpos,
florecen otra vez... El dios sagrado
de los asirios..., el Amor..., la Vida...,
según le llaman...

JUDITH (Como ebria.)

¡ Resonaba un vago
temblor de flautas, y a sus armonías
juntaba el ruiseñor sus dulces cánticos,
y los dos cantos juntos eran como
la música divina de los campos!
Me detuve al pasar. Miré mi rostro

en la fuente que surge entre los álamos,
y al ver pasar el agua que corría
entre las verdes ramas suspirando,
ansias sentí de desgarrar mi túnica,
y desnuda entregarme a los halagos
de la corriente, cual si fuese una
flor arrancada de su débil tallo...

(Se queda inmóvil y palidísima.)

HEGLA (Con misterio.)

Es la vida que torna. Es que no quiere
morir el corazón... (En voz baja.)

¿ Amas, acaso?

JUDITH (Espantada, como quien teme que le descubran una llaga que oculta orgullosamente.)

¿ A quién, Hegla?

HEGLA (En voz baja.) A Holofernes.

JUDITH (Palidece y le tapa la boca con la mano.)

¡ Calla! ¡ Calla!

¿ Tan vil me juzgas? Si por un milagro
su recuerdo en mi pecho penetrase,
fuera capaz mi mano
aun de arrancar mi corazón del pecho
para luego a sus pies pisotearlo...
¡ No hables de amor!... Esa palabra, Hegla,
es una maldición para mis labios...

(En un arranque desesperado.)

¿ Ves mi brazo tan débil?... Esta noche
a mi ciudad libertará este brazo!

(Un copero descorre la cortina. Aparece en todo su esplendor el festín.)

ESCENA IV

Dichas; HOLOFERNES, capitanes y coperos.

HOLOFERNES (De pie en la entrada del reposorio.)

Regreso al momento...

VOCES

¡ Bebamos! ¡ Bebamos!

HOLOFERNES (Desde la cortina.)

¡ Nobles capitanes, que empiece el festín!

VOCES

¡ Con la primavera Adoné despierta,
y toda la tierra parece un jardín!

(Los coperos escancian vino.)

HOLOFERNES

¡ Llenadme mi vaso de oro, que anhelo
brindar por Judith!...

(Avanza hacia el centro con una copa de oro colmada de vino en la mano. Judith, al ver a Holofernes, se estremece. Hegla permanece en un ángulo envuelta en su manto.)

ESCENA V

JUDITH, HEGLA y HOLOFERNES.

HOLOFERNES (Presentando un vaso a Judith.)

¡ Mujer de Betulia, consume este vaso
que mi mano pródiga para ti escancié!
¡ El vino, la amante fiebre en que me abraso,
en vez de apagarla, más viva encendió!
El vino es alegre festín de locura...
Hace a los ancianos rejuvenecer;
¡ por eso el racimo, cuando el sol madura,
se hincha como un lúbrico seno de mujer!
De antiguas vendimias me evoca cántares...
¡ En mis mocedades fui vendimiador,
y mis propias viñas pisé en mis lagares,
danzando al sonoro batir del tambor!
¡ La guerra me brinda vendimias mejores,
y al bañarme en sangre siento la embriaguez
que sienten, danzando, los vendimiadores
cuando los racimos salpican sus pies!
Vinos como éstos no vieron tus ojos...
Tan sólo tus vides dan otro mejor...
¡ Aquel que en la copa de tus labios rojos,
hecho miel de besos, escancia el amor!

(Se aproxima a Judith, la cual retrocede, temblando.)

Siempre estás temblando... ¿Qué temor te aqueja?
¡ Mujer de Betulia, a mis brazos ven!...
¡ Apura mi vaso, pero en cambio deja
que el tuyo mis labios apuren también!

(La intenta abrazar; ella lo esquivo.)

¡ Judith, bebe y ama!... Tus glorias son ésas...

¿ Por qué, si te busco, de mí te retiras?

Si anhelo mirarte, ¿por qué no me miras?

Si anhelo besarte, ¿por qué no me besas?

JUDITH (Aproximándose humildemente.)

¡ Tiende la paloma su vuelo, asustada,
si mira en los aires cernerse el halcón! ...

¿ Cómo, señor, quieres que ante tu mirada
no huyan las palomas de mi corazón?

Manda cuando gustes. Soy tu pobre sierva...

La rosa entre espinas muestra su altivez;
la violeta humilde se esconde en la hierba...

¡ Mi amor es violeta, porque es timidez!

¡ Tú a tu lado tienes

rosas a millares para tus harenes,

y para tus labios besos más preciados

que los que mis labios te pudiesen dar!

Tímida violeta que brota en los prados,

¿ cómo tus sandalias voy a perfumar?

yo seré por siempre tu esclava sumisa;

tras de tus miradas irá mi sonrisa

como un escudero tras de su señor.

Seguiré, sangrando, tus carros triunfales;

seré la cisterna de tus arenales

y de tus oasis seré el ruiseñor.

Y cuando regreses de alguna contienda,

bajo el tembloroso lino de tu tienda,

limpiarán mis manos de polvo tu arnés.

Y para que nada perturbe tu sueño,

cual perro celoso que vela a su dueño,

en tanto que duermas, velaré a tus pies!

(Apura el vaso.)

HOLOFERNES (Enloquecido.)

¡ Sigue, sigue hablando! Flor de las mujeres,

dime lo que sueñas, dime lo que quieres,

pues para halagarte,

aun más que le pidas mi amor ha de darte!

¡ Si anhelas riquezas, a tierras lejanas

por oro y por mirras, por sedas y pieles

irán mis bajeles

y los dromedarios de mis caravanas!

Mis hordas, rugientes como tempestades,

saquearán palacios, templos y ciudades,
 para regalarte, cual botín de guerra,
 diademas, anillos, ajorcas, collares,
 ¡ todos los tesoros que oculta la tierra
 y todas las perlas que ocultan los mares !
 ¡ Si anhelas honores,
 echaré a tus plantas, para que los huelles,
 los mantos de todos los emperadores
 y los áureos cetros de todos los reyes !
 ¡ Y para alto ejemplo
 del amor que, avaro, para ti atesoro,
 sustentado sobre columnas de oro,
 te alzaré un palacio que parezca un templo,
 donde, mientras, ruda, mi mano degüella
 por ti la más pura y hermosa doncella,
 y flota el incienso y tañen laúdes,
 surjas fulgurante de gemas, ¡ oh hermosa !
 en tu altar de plata, igual que una diosa,
 ante el fanatismo de las multitudes !

JUDITH (Herida en lo más vivo de su sentimiento.)

¡ Señor, no blasfemes !
 Cállate... ¿ No temes
 que abrasé tus labios la ira del Señor?
 Sólo Dios reparte premios y favores...
 ¿ Qué son las riquezas, qué son los honores
 que como presentes me brinda tu amor
 ante lo infinito de la eternidad?...
 Fuera de Dios..., humo... ¡ Todo vanidad !...
 También, Holofernes, mi Dios es guerrero.
 La noche es su manto, el rayo es su acero,
 y los huracanes sus corceles son...
 ¡ Y cuando retumba su carro de guerra,
 se estremece el cielo, retiembla la tierra,
 cual si a desplomarse fuera la Creación !

HOLOFERNES

¡ En dioses no creo !
 Los buscan mis ojos, pero no los veo...
 Sólo he visto piedras talladas, con nombres
 antiguos y extraños, a quienes los hombres
 levantan altares y van a adorar.
 Todos son creaciones de picapedreros...
 ¡ Dioses verdaderos

no han visto mis ojos en ningún altar !
 ¿ Habitan los montes o los mares ? ¿ Dónde,
 bella betuliana, su poder se esconde ?
 Dí dónde se ocultan, que yo iré a buscarlos,
 no para adorarlos...
 ¡ Jamás mis rodillas doblé en sus altares !
 ¡ Puesto que ellos causa de tantos pesares
 y miserias son,
 iré en son de guerra
 a que le devuelvan la paz a la tierra,
 o a hundir mis aceros en su corazón !

JUDITH

¡ Cállate, sacrilego ! Pon una mordaza
 de hierro a tu boca, que al cielo amenaza.
 ¡ Dios no hay más que uno ! ¡ El Dios de Israel !
 ¡ Dobla las rodillas y humíllate a él !
 ¡ Aparta, blasfemo ! ¡ Me causas horror !...
 Si tu amor ardiente no sangre inflamara,
 con mis propios dientes mis venas rasgara
 para que por ellas se fuese tu amor !

HOLOFERNES

Con tal que calientes mi tálamo helado,
 con tal que tu boca su vino me dé,
 con tal que tus ojos contemple a mi lado,
 a tu Dios, de hinojos siempre adoraré...
 Mañana en Betulia, al pie de su altar,
 cuatrocientos bueyes ornados de flores,
 y hasta mis doscientos guerreros mejores
 por mis propias manos verás inmolar !

(Se oyen músicas y voces en el salón.)

¡ Adiós, betuliana, me voy a la orgía !...
 ¡ Ya sabes, hermosa, que capaz sería,
 por un beso tuyo, de adorar tu Dios !
 Al pie de tus muros planté mis reales...
 ¡ Oye mi mensaje ! ¡ Si dentro de dos
 horas no me rindes honores triunfales,
 pasaré a cuchillo la ciudad sitiada !

(Descorre la cortina y aparece el festín. Todos permanecen inmóviles a la presencia de Holofernes.)

JUDITH

¡ Mi respuesta ahora escucha, señor !

¡ Amor, nunca, nunca se rindió a la espada ;
que amor solamente se rinde al amor !

(Holofernes deja caer la cortina y desaparece.)

ESCENA VI

JUDITH, HEGLA y VOCES.

JUDITH (Como si la abandonasen las fuerzas.)

¡ Sosténme, Hegla !

HEGLA (Amparándola en sus brazos.)

¿ Qué tienes?... De repente

apagóse el fulgor de tu mirada
y mortal palidez cubrió tu frente...
Estás, Judith, tan pálida y helada
cual si del fondo de una sepultura
te acabaras de alzar en este instante...
¡ El sudario que envuelva tu hermosura
menos blanco será que tu semblante,
y tu fúnebre losa menos fría
que estas manos !... ¿ Por qué no te serenaras ?

JUDITH

¡ Si me sangrasen, Hegla, de mis venas
ni una gota de sangre brotaría !

(Tendiendo las manos a' cielo.)

¡ Gracias, Señor, que a respirar me atrevo !
Exhalaba su voz, cuando me hablaba,
un acre y agrio olor a vino nuevo,
que el alma y los sentidos me embriagaba.
Y hay veces que a su voz siento mi vida
encogerse medrosa de repente,
como un ave que tiembla sorprendida
por la fascinación de la serpiente.
¡ Olvidar un momento intento en vano
sus negros ojos, donde el alma asoma !...
¡ Tienen voracidades de milano
y dulces timideces de paloma !
A veces, irritado, me parece
un león que rugiendo hasta mí llega,
y de angustia mi carne se estremece,
y un obscuro pavor mis ojos ciega.

¡ Gracias, gracias, Señor ! ¡ Cuando el violento
zarpazo mi garganta amenazaba
y sobre mi semblante jadeaba
la cálida lujuria de su aliento,
tú le diste a mi voz las seducciones
de aquellas viejas reinas fabulosas
que uncían a su carro los leones
con cadenas de lirios y de rosas !

(Resuenan músicas de arpa.)

HEGLA

El festín va a empezar. El arpa suena ;
quizá puedan sus mágicos cantares
serenar tu inquietud, como serena
la blanca luna a los revueltos mares.

(Judith, refugiada en los brazos de Hegla, escucha inmóvil la
música como si se fuese adormeciendo.)

UNA VOZ (Dentro, acompañada del arpa.)

Es la primavera...
la tierra florece...
¡ De amor se estremece
la Creación entera !
Son lechos de aromas
los huertos cercanos,
y en las verdes lomas
fingen las palomas
arrullos humanos.
¡ Manos sensuales,
al campo, a bañaros
de aromas carnales !
¡ Bocas lujuriosas,
al campo, a besaros,
rosas entre rosas !
La tierra cubierta
de lirios en flor...
¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

VOCES (Dentro, chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta !
¡ Resucita, Amor !

JUDITH (Como quien despierta de un sueño.)

¿ Esa voz de ensueño en ti no despierta
el dulce recuerdo de aquellos cantares

que, hilando, escuchamos junto a nuestra puerta,
romper el silencio de los olivares?
¿o aquellas canciones que al morir el día,
mientras que en la fuente que brota en la umbría,
nuestros rojos cántaros de agua se llenaban,
con las negras sombras del monte bajaban
llenando la tarde de melancolía?

HEGLA

¿No será que acaso de nuevo, atrevido,
amor impaciente golpea tu puerta?
¡Le creías muerto... y estaba dormido,
y ahora a los reclamos de esa voz despierta!

JUDITH (Estremecida, poniéndole la mano en la boca.)

¡Calla, calla, Hegla!...

HEGLA

¿Qué tienes, señora?
¡Si el amor te ha herido,
en mis brazos llora!

(La abraza. Judith solloza en silencio.)

ESCENA VII

Dichas y MEGABIZES.

MEGABIZES (Entrando sigilosamente por la puerta de la tienda de Judith. Las dos mujeres se estremecen.)

¡Judith, ya no hay tiempo que perder! ¡Su gente para el triunfo tiene ya Oreb preparada!...

¡Antes que florezca la aurora en Oriente tendrá que rendirse la ciudad sitiada, o el fiero caudillo

a sus moradores pasará a cuchillo!

Tu pueblo murmura;

la gente asegura

que tú a los asirios Betulia has vendido...

Maldicen tu nombre...

JUDITH (Espantada.)

¡Cállate!

MEGABIZES

Yo he oído

pedir tu cabeza al vulgo irritado...

¡Dicen que a Holofernes amas en secreto,

y por él nos vendes!...

JUDITH (Con resolución.)

¡Cállate, soldado,

que yo te prometo

que antes que en las cumbres florezca la aurora
estará mi pueblo por Judith salvado,
o le habrá llegado
a Judith su hora!
Cerca de esta tienda mi señal espera...
y libres, mañana, aquí beberemos,
la alegre llegada de la Primavera!...

MEGABIZES

Ocultos en estas montañas, confían
su vida a tu brazo... Su esperanza eres.

(Al salir, mirando desdenosamente a Judith.)

¡Malditos los pueblos cobardes que fian
su vida en volubles manos de mujeres!

(Judith permanece un instante inmóvil, como luchando consigo misma.)

ESCENA VIII

Todos menos Megabizes.

HEGLA

Ya llegó el instante. Señora, ¿qué hacemos?

JUDITH (Tomando una resolución desesperada y tendiendo sus manos suplicantes al cielo.)

¡Pedir a Dios fuerzas!... Oremos...

HEGLA

Oremos.

(Caen de rodillas mientras suena el arpa.)

LA VOZ (Judith, al escuchar la canción, se estremece, como si la oyese sonar en su propia carne.)

Es hora de amar...

Los valles son lechos...

Se hinchan como pechos

las olas del mar...

Sobre las fragantes

floridas praderas

extendidas, amantes,

vuestras palpitantes

pieles de panteras,

y entre los divinos

ramajes espesos,

como de áureos vinos,

embriagaos de besos!
 La tierra cubierta
 de lirios en flor...
 ¡ Adoné, despierta!
 ¡ Resucita, Amor!

VOCES (Chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta!
 ¡ Resucita, Amor!

JUDITH (Haciendo un esfuerzo terrible por recoger su fervor. Su voz tiembla, y todo su cuerpo se agita convulsivamente.)

La hora se aproxima...
 ¿Dejaréis, Señor,
 que tu pueblo gima
 bajo las cadenas del conquistador,
 y que sus guerreros sobre tu ciudad
 caigan con la furia de una tempestad?...
 ¿Y con sus espadas
 tus hijos degüellen,
 y con sus ferradas
 sandalias profanen, ultrajen y huellen
 la tierra bendita, las tumbas sagradas
 en donde reposan los huesos gloriosos
 de aquellos varones, de aquellos monarcas
 de ojos de gacela y hombros de colosos
 que fueron danzando detrás de tus Arcas,
 fuertes y robustos cual cedros añosos
 y graves y sobrios como patriarcas?...
 ¡ Señor, no consientas
 que manos sangrientas
 lleguen tu sagrado recinto a manchar,
 que a tus servidores leales acuchillen,
 y en tu mismo templo tus hijas mancillen,
 haciendo sacrílegos lechos de tu altar!

HEGLA

¡ Que sobre su frente desolada brillen,
 prestándole amparo, tus manos, Señor!...

JUDITH (Desesperadamente.)

¡ Da a mi alma alientos y al brazo vigor!

UNA VOZ (Al son del arpa. La oración muere en los labios de Judith. Cierra los ojos y toda su carne se estremece, como si en ella clavasen su aguijón todas las cantáridas del deseo.)

¡ Amor, ya no dudo!

He unguido de nardo
 mi cuerpo desnudo,
 y trémula aguardo
 tu llegada, Amor,
 para que tus brazos
 desaten los lazos
 de mi ceñidor!
 Viajero que pasa,
 si fiebre de amores
 tus venas abrasa,
 mi lecho es de flores...
 Empuja mi puerta
 y aspira su olor...
 ¡ Adoné, despierta!
 ¡ Resucita, Amor!

VOCES (Chocando las copas.)

¡ Adoné, despierta!
 ¡ Resucita, Amor!

JUDITH (Tapándose los oídos con las manos. Su voz es de desfallecimiento.)

¡ Esos melódicos cantos me embriagan!
 A sus alaridos,
 de amor, Señor, presto cierra mis oídos,
 antes que me hagan
 cerrar las pupilas y desfallecer!...
 ¡ Mi alma es una alondra que a ti tiende el vuelo,
 y mi carne en celo
 es como una fiera que aulla de placer!...
 ¡ Señor, a tu sierva préstale tu ayuda;
 con tu omnipotencia su miseria escuda;
 da a mi alma alientos y al brazo vigor!...
 ¡ Haz que ante el peligro vencida no ceda,
 para que animosa con sus manos pueda
 tus santos designios realizar, Señor!

HEGLA

¡ Sus fuerzas flaquean!... ¡ Sus fuerzas sostén!

JUDITH

¡ Señor, dame alientos! ¡ En mi auxilio ven!

UNA VOZ Mi rosa, ya abierta,
 te brinda su olor...
 ¡ Adoné, despierta!
 ¡ Resucita, Amor!

JUDITH (Desesperadamente.)
 ¡ Señor, no me dejes !... Si tus justas iras
 con sus impiedades mi pueblo encendió ;
 si no bastan rezos, ayunos, ni piras ;
 si tu sed de sangre aun no se sació,
 aquí está mi cuello desnudo que espera
 que el hacha le corte o el puñal le hiera...
 ¡ Te doy de mi sangre la más pura flor !...
 ¡ A tu eterna y sabia justicia me acojo !
 Y si tú lo quieres, de tu altar al pie,
 por salvar mi pueblo, por templar tu enojo,
 con mis propias manos me degollaré !

ESCENA IX

Dichos, HOLOFERNES y capitanes.

HOLOFERNES (Aparece describiendo la cortina. El festín está
 en su apogeo. Todos beben y ríen y vociferan.)

¿ Qué apuré diez jarros ?... ¡ Pues bien, todavía
 me bebo otros tantos !

(Al copero.) ¡ Más vino escanciad !

VOCES (A los coperos. Los coperos llenan de nuevo las copas.)

¡ Más vino, copero !

HOLOFERNES (Entrando, beodo, sostenido por Assur.)

¡ Se acabó la orgía !

(Deja caer la cortina.)

¡ Al instante esa sala despejad !

(A Assur y al copero, después de beber.)

¿ Mis piernas flaquean ? ¿ Que no es firme el paso ?

¿ Que no puedo, imbécil, mi cuerpo tener ?

¡ Dejadme..., marchaos..., o igual que este vaso
 vuestra sangre inmunda me voy a beber !

(Salen el copero y Assur. Holofernes, tambaleándose, busca a Ju-
 dith.)

Mujer de Betulia, ¿ adónde te has ido ?

JUDITH (Mirando al cielo.)

(¡ Mi brazo y mi vida protege, Señor !)

HOLOFERNES (Aproximándose a tropezones.)

¿ Por qué a nuestro alegre festín no has venido ?

VOCES (Saliendo del salón.)

¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !

ESCENA X

JUDITH, HOLOFERNES y HEGLA.

JUDITH (Aproximándose tenuemente.)

Aquí está tu sierva.

HOLOFERNES (Sujetándola por las muñecas.)

Más cerca, a mi lado...

¡ Junta con mi boca tu boca, mujer !

¡ Del festín el vino mi sed no ha saciado,
 y quiero en tus labios de nuevo beber !...

¡ Mañana, cubierta de ricos joyeles,
 te verá Betulia sus calles cruzar !

(La suelta, da un traspie y se sujeta del pilar.)

¿ Ves mi mano ? Es fuerte. Puede seis corceles,
 sujeta a la rueda de un carro, parar.

A más de diez osos asfixié en mi pecho,
 crujió en mis brazos sus huesos sentí...

Mujer de Betulia, si tu talle estrecho,
 si mi amor te oprime, ¿ qué va a ser de ti ?

(Suelta una carcajada y se sienta en el lecho.)

¡ Me caigo de sueño !... Esclava, suspende
 mi alfanje y mi casco de aquese pilar.

¡ De mi pecho el peso del arnés desprende,
 y conmigo al lecho ven a descansar !

(Judith le quita el alfanje y el casco y los cuelga del pilar. Holo-
 fernes se desploma en el lecho.)

JUDITH (Mientras cuelga el arma.)

(¡ Señor, ya no puedo tenerme de pie !)

HOLOFERNES (Describiendo la cortina, maquinalmente.)

Tengo sed..., me abraso... ¡ Judith, bésame !

(Como delirando entre sueños.)

La tierra se incendia... Me envuelven las llamas ;
 todo danza y gira a mi alrededor...

Mujer de Betulia, ¿ por qué no me amas ?

¡ Adoné, despierta ! ¡ Resucita, Amor !...

¡ Amor !

(La voz se va apagando. Judith descubre la cortina y espía.)

HEGLA ¿ Se durmió, señora ?

JUDITH (Inclinada y en voz baja.) Jadea su pecho,
y su larga barba tiembla al jadear...
Un brazo velludo desciende del lecho...
Vense entre los labios sus dientes brillar...
Entreabre los párpados y clava un instante
sus turbias pupilas, feroces, en mí...
¡La atracción que tienen para el caminante
los negros abismos, al verlas sentí!
De nuevo en la sombra se hundió su mirada...
Sus labios parece que intentan hablar...
¡Son como una herida, como una granada
que quiere, sangrienta, su miel destilar!

(Suena un silbato. Judith se estremece y se separa del lecho.)

HEGLA
¿Oyes? El soldado tu señal espera...
¡Que tu firme brazo proteja el Señor!...

JUDITH (Volviendo a inclinarse. Después, como arrojando una idea
que la tortura.)

¡Sonríe!... ¡No es posible!... ¡no!...

(Con firmeza. Avanza resueltamente hacia el pilar, después de una
lucha espantosa, como arrastrada por una fuerza oculta e irresis-
tible.) ¡Señor, que muera!

(Descuelga el arma, y al desnudarla se le cae al suelo. Se queda
suspensa un instante.)

HEGLA (Estremeciéndose.)

¿Qué es eso?

JUDITH Cayóse la espada...

(Se la ve temblar al inclinarse a recoger el arma.)

HEGLA ¡Valor!

JUDITH

¡Señor, dadme fuerzas...

(Avanza con la espada desnuda; pero al ir a descorrer la cortina
se detiene aterrorizada.) ¡Ahora no!... ¡no puedo!...

(Retrocede; de nuevo avanza. Hegla la sigue con la antorcha en
la mano.)

Retira la antorcha... ¡no le quiero ver!

¡Mirar su semblante me causa tal miedo,
que muerta en su lecho me voy a caer!...

HOLOFERNES (Sofando.)

¡Judith!...

(Judith da un grito; retrocede y queda pegada al pilar.)

JUDITH ¿Has oído?... Me llama... Despierta...
¡Si abriese los ojos, no me atrevería!...

(Pequeña pausa. Se oye un golpe en la puerta de Judith.)

¿Qué pasa? (Aterrada, deteniéndose.)

HEGLA Llamaron de nuevo a la puerta...

(Descorre la cortina y se asoma a la puerta.)

¡Judith, ya es la hora!... ¡Va a nacer el día!

(Vuelve a entrar y se aproxima a Judith.)

HOLOFERNES (Sofando.)

¡Judith!...

JUDITH (Avanzando con temor.)

¿Has oído?... De nuevo me llama...

HEGLA (Suena otro silbato.)

Es la señal... ¡Animo!

(Judith descorre la cortina; va a alzar la espada, y en ese mo-
mento la lámpara parpadea un instante, como si fuese a apa-
garse.)

JUDITH Hegla, ¿qué pasó?

HEGLA (Mirando.)

¡Una mariposa rondaba la llama,
y al final en ella sus alas quemó!...

JUDITH (Haciendo un esfuerzo terrible, descorre la cortina y alza
el arma con los dos brazos.)

¡Protege mi brazo, Señor de Israel,
para que liberte tu pueblo con él!

(Deja caer el alfanje. Suena un grito. Judith corre la cortina y
aparece toda cubierta de sangre, con el arma en la mano, pálida,
desencajada, con el terror en el rostro.)

¡Señor, ya está hecho!

HEGLA ¡Toda estás bañada
en sangre!... ¿Qué tienes?

JUDITH (Como delirando.) De un tajo, mi espada
su altiva y robusta cabeza segó,

y al saltar al suelo, con su sangre hirviente,
mis ropas, mis manos, mi boca y mi frente
de chispas de rojo fuego salpicó!...

Hasta en mis entrañas la siento caer
para devorarme... ¡Como si estuviera
envuelta en las llamas de una inmensa hoguera,
me siento en el fuego de su sangre arder!

(Se retuerce desesperadamente y arroja la espada.)

¡La señal! ¡La antorcha!

(A Hegla. Esta empuja la antorcha, abre la puerta y sale gritando. Pequeña pausa. Judith se acerca al lecho, descorre la cortina, vacila, se inclina, se arrodilla y hace ademán de recoger algo en su falda.)

ESCENA XI

JUDITH.

(Arrodillada junto al lecho.) Sangrientos despojos que inmolé a la cólera santa del Señor; sanguinantes labios, inmóviles ojos, también os conjuro, llorando, de hinojos: —¡Adoné, despierta!... ¡Resucita, Amor!

(Descubre la cabeza.)

¡Qué espanto, Dios mío!... ¡Oh boca lasciva, que aun para besarme te miro entreabierta; el beso que nunca te quise dar viva, ahora, pobre boca, te lo daré muerta!

(Se inclina y la besa, y permanece así un instante, como devorándola con sus besos.)

ESCENA XII

Dicha, ASSUR y soldados. Se oyen gritos y voces, que se van acercando.

ASSUR (Entrando por el cortinaje del foro. El salón aparece obscuro. Assur con la espada en la mano.)

¡Pronto, señor, sálvate! ¡Huye en tu corcel, porque el enemigo nos pasa a cuchillo!

(Algunos soldados invaden la escena. Judith permanece de bruces sobre el lecho.)

MEGABIZES (Entrando por la puerta de Judith, con la espada desnuda.)

¡Victoria!

ASSUR (Deteniéndose al ir aproximándose al lecho de Holofernes.)
¿Qué pasa?

MEGABIZES (Acometiéndole.) ¡Murió tu caudillo, y tú ahora, en su tienda, morirás con él!...

(Se alejan luchando por el foro.)

VOCES

¡Viva Judith!... ¡Viva! ¡Victoria a Israel!

(Los soldados israelitas invaden tumultuosamente la escena, agitando en sus manos antorchas llameantes.)

ESCENA FINAL

Dichos, HEGLA y PUEBLO.

EL PUEBLO (Dirigiéndose al lecho de Holofernes.)

—¡Aquí está el cadáver! —Sus restos quememos en mitad del campo, y luego echaremos su ceniza al aire... —¡Clavad su cabeza sobre una alta pira!... —¡Su cuerpo arrastrad!

JUDITH (Se alza desfigurada, terrible y vengativa, recoge el arma y se interpone entre el lecho y la muchedumbre.)

¡Atrás, miserables, que ante su fiereza, de miedo, hace poco, no osabais hablar!...

¡Aquel que esos restos se atreva a tocar, caerá a mis plantas como él ha caído...

(La multitud se detiene, aterrorizada.)

¡Atrás todos!... ¡Todos!

(Al esfuerzo parece que va a desplomarse.)

HEGLA (Corriendo a ampararla.) ¿Qué tienes?

(Un resplandor ilumina la escena.)

JUDITH (Tendiendo los brazos al cielo.) ¡Señor!

tus santos mandatos mi mano ha cumplido!

¡Por salvar mi pueblo, dió muerte a mi amor!

(Cae desvanecida en brazos de Hegla.)

TELÓN

FIN DE LA TRAGEDIA

Obras publicadas por TEATRO MUNDIAL

1. LA PRINCESA DEL DOLLAR. — Bruno Güell.
2. LA OLA GIGANTE. — José Fola Igúrbide.
3. EL SEÑOR CONDE DE LUXEMBURGO. — José Zaldívar.
4. LA CAPTURA DE RAFFLES. — L. Millá y G. X. Roure.
5. EL SOL DE LA HUMANIDAD. — José Fola Igúrbide.
6. ZAZÁ. — C. Costa y J. M.ª Jordá.
7. MUJERES VIENESAS. — Pablo Parellada (Melitón González).
8. HAMLET. — Pompeyo Gener.
9. GIORDANO BRUNO. — José Fola Igúrbide.
10. EL NIDO AJENO. — Jacinto Benavente.
11. EL REY. — Enrique Henríquez.
12. PRISIONERO DE ESTADO, O LA CORTE DE LUIS XIV. — A. Mundet Alvarez y José M.ª Pous.
13. FANTINA, O LOS MISERABLES. — A. Mundet Alvarez.
14. LA LADRONA DE NIÑOS. — Francisco Tressols.
15. LOS DIOSES DE LA MENTIRA. — José Fola Igúrbide.
16. CRISTO CONTRA MAHOMA. — José Fola Igúrbide.
17. JUVENTUD DE PRÍNCIPE. — C. Costa y José M.ª Jordá.
18. JUAN JOSÉ. — Joaquín Dicenta.
19. LA SOCIEDAD IDEAL. — José Fola Igúrbide.
20. LA CIZAÑA. — Manuel Linares Rivas.
21. ENTRE RUINAS. — R. Campmany y G. Giral.
22. LA VIDA ES SUEÑO. — Refundición de Luis Millá.
23. SABOTAGE. E. Arroyo y C. Dotesio.—PASA LA RONDA. F. Llano.
24. MAGDA. — Carlos Costa y José M.ª Jordá.
25. EL PAPÁ DEL REGIMIENTO. — Felipe Pérez Capo.
26. EL ALCALDE DE ZALAMEA. — Refundición de Magnolio Juárez.
27. LOS DOS PILLETES. — Juan B. Enseñat.
28. DON JUAN DE SERRALLONGA. — Víctor Balaguer.
29. EL REY LEAR. — Juan B. Enseñat.
30. ESPECTROS. — A. Mundet Alvarez.
31. LAS CIGARRAS HORMIGAS. — Jacinto Benavente.
32. EL REGISTRO DE LA POLICÍA. — Eduardo Vidal y Valenciano.
33. EL VERGONZOSO EN PALACIO. — Refundición de L. Suñer.
34. LA FUERZA DE LA CONCIENCIA. — Joaquín García Parreño.
35. AURORA. — Joaquín Dicenta.
36. EVA. — G. Jover y J. Zaldívar.
37. EL BUFÓN. — Joaquín Dicenta (hijo).
38. EL CUCHILLO DE PLATA. — E. V. y Valenciano y Roca y Roca.
39. NICK CARTER. — Enrique Henríquez.
40. LA CENA DE LOS CARDENALES. — Francisco Villacspesa.
¡JUSTICIA HUMANA! — José Pablo Rivas.
41. EL SEÑOR FEUDAL. — Joaquín Dicenta.
42. EL VERANILLO DE SAN MARTÍN. — Ramón de Saavedra.
43. EL DESDÉN CON EL DESDÉN. — Luis Suñer Casademunt.
44. AMOR DE AMAR. — CUENTO INMORAL. Jacinto Benavente.
45. LA DAMA DE LAS CAMELIAS. — Magnolio Juárez.
46. LA DOMADORA DE LEONES. — José Fola Igúrbide.
47. EL CAPITÁN CAJERO, O LOS DOS SARGENTOS FRANCESES. — Luis Millá.
48. EL MÍSTICO. — Joaquín Dicenta.
49. GARCÍA DEL CASTAÑAR, O DEL REY ABAJO NINGUNO. — José Vico.
50. LA FIERECILLA DOMADA. — J. M.ª Jordá y Luis de Zulueta.
51. EL HONOR. — Luis Recoll.
52. EL SÍ DE LAS NIÑAS. — Leandro Fernández de Moratín.
53. MARÍA ANTONIETA. — J. C. y E. V. V.
54. LA VIUDA ALEGRE. — A. Roger Junoi.
55. EL ABATE FARIA Y EDMUNDO DANTÉS, O EL CONDE DE MONTECRISTO. — José Nieto y J. Guardia.
56. OTELO. — Ambrosio Carrión y José M.ª Jordá.
57. EL BARBERO DE SEVILLA. — A. Mundet Alvarez.
58. DANIEL. — Joaquín Dicenta.
59. PECADO DE JUVENTUD. — José Artis.
60. NADIE MÁS FUERTE QUE SHERLOCK HOLMES. — Luis Millá y Guillermo X. Roure.
61. LA MUERTE CIVIL. — Salvador Suñer.
62. LA APUESTA DE DON JUAN TENORIO. — Magnolio Juárez.
63. SOR TERESA, O EL CLAUSTRO Y EL MUNDO. — E. Vidal.
64. LA NIÑA BOBA, O BUEN MAESTRO ES AMOR. — Refundida por Luis Suñer Casademunt.
65. EL PAN DE PIEDRA (EL CARBÓN). — José Fola Igúrbide.
66. ROMEO Y JULIETA. — J. Roviralta Borrell.
67. LOS REYES ANTE LA INQUISICIÓN.—Baró, Salvat y Sala.
68. FELIPE DERBLAY. — Georges Ohnet.
69. LOS MALOS PASTORES. — Felipe Cortiella.
70. HUYENDO DEL NIDO. — Carlos y Enrique Arroyo.
71. CLAUDIO FROLLO, O NUESTRA SEÑORA DE PARÍS. — Emilio Boix Serra.
72. PASIÓN FATAL, O ANA KARENINE. — José Zaldívar.
73. MARGARITA DE BORGOÑA. — Luis Suñer Casademunt.
74. EL HÉROE VENCIDO, O EL SOLDADO DE CHOCOLATE. — José Zaldívar.
75. LA MÁQUINA HUMANA. — José Fola Igúrbide.
76. EL LADRÓN. — Manuel Bueno y Ricardo J. Catarineu.
77. EL JUDÍO ERRANTE. — Alfredo Pallardó.
78. LA NAZARENA. — Ricaro Estrada y Estrada.
79. LAS MÁSCARAS. — A. P. Maristany y J. Fabrè Oliver.
80. EL DIPUNTO TOUPINEL. — Julián Romea.
81. EL HIJO DEL MILAGRO. — Ricardo Estrada y Estrada.
82. ENTRE BOBOS ANDA EL JUEGO. — Luis Suñer Casademunt.
83. ¡EL! — José López y Gilve y Fabio Pellicer.
EN FLAGRANTE DELITO. — Luis Millá.
84. FUALDÉS. — Luis Suñer Casademunt.
85. EL ADVERSARIO. — Alfonso Danvila.
86. LA PORTERA DE LA FÁBRICA. — Alfredo Moreno Gil.
87. BERNARDO DEL CARPIO. — Ambrosio Carrión.
88. LA VERDAD SOSPECHOSA. — Luis Suñer Casademunt.
89. EL ALCÁZAR DE LAS PERLAS. — Francisco Villacspesa.

90. EL LOBO. — Joaquín Dicenta.
 91. CARCELERAS y REJAS Y VOTOS. — Ricardo R. Flores.
 92. AMOR DE MADRE. Ventura de la Vega.
 GUERRA A LA GUERRA. — Ramón de Campoamor.
 93. LA NEÑA. — Federico Oliver.
 94. DOÑA MARÍA DE PADILLA. — Francisco Villasespa.
 95. LA DONCELLA DE MI MUJER. — T. Luceño y F. Reparaz.
 96. SOBREVIVIRSE. — Joaquín Dicenta.
 97. BRUNO EL TEJEDOR. — Ventura de la Vega.
 SINIBALDO CAMPÁNULA. — Felipe Pérez Capo.
 98. EL ASISTENTE DEL CORONEL. — Gonzalo Cantó.
 LA HUELGA DE LOS HERREROS. — Ricardo J. Catarineu.
 99. DÍA DE REYES. Moncayo. — NOCHE DE REYES. Arniches.
 100. EL ZAPATERO Y EL REY. (Primera parte). — José Zorrilla.
 101. GENTE DE FÁBRICA. — Jaime Firmat Noguera.
 102. EL ZAPATERO Y EL REY. (Segunda parte). — José Zorrilla.
 103. LA MOZA DE CÁNTARO. — Lope de Vega.
 104. ABEN-HUMEYA. — Francisco Villasespa.
 105. COMEDIAS CORTAS. — Luis Esteso.
 106. AMOR DE ARTISTAS. — Joaquín Dicenta.
 107. BODAS DE PLATA. — Manuel Linares Rivas.
 108. LA MUERTE DEL TORERO. — Felipe Pérez Capo.
 EL REVENTOR DEL PUEBLO. — Adolfo Marsillach.
 109. NAPOLEÓN. — José Pablo Rivas.
 110. EL NUDO GORDIANO. — Eugenio Sellés.
 111. LA VERBENA DE LA PALOMA. — Ricardo de la Vega.
 LOS TRAPEROS. — Isidro Soler.
 112. LA VIRGEN LOCA. — J. López Barbadillo y Enrique Tusquets.
 113. A SECRETO AGRAVIO SECRETA VENGANZA. — Pedro Calderón de la Barca. Refundición de Tomás Luceño.
 114. EL CAPITÁN TORMENTA. — Pompeyo Gener.
 115. LA CARA DE DIOS. — Carlos Arniches.
 116. SANTA INQUISICIÓN. — J. Ribera y Rovira.
 117. LAS PECADORAS. — A. Torres del Alamo y Antonio Asenjo.
 118. LA GIOCONDA. — Francisco Villasespa.
 119. LA CENA DE LAS BURLAS. — Ricardo J. Catarineu.
 120. QUISQUILLAS. — F. Flores García y J. Romea.
 EL CONTRABANDO. — S. Alonso Gómez y P. Muñoz Seca.
 121. LANUZA. — Luis Mariano de Larra.
 122. LOS IRRESPONSABLES. — Joaquín Dicenta.
 123. LOS HIJOS ARTIFICIALES. — J. Abati y F. Reparaz.
 124. LOS SEMIDIOSES. — F. Oliver.
 125. MISTERIOS DE BARCELONA. — Pallardó y Boix.
 126. LA ALONDRA Y EL MILANO. — A. Foehs Arbós.
 127. JUDITH. — F. Villasespa.

LA GIOCONDA